

# Letargo

*Aranza Velázquez*

**P**ara poder levantarse esa mañana, Celeste, que se había vuelto a arrellanar en la cama, intentaba decirse algunas de las muchas cosas que constantemente sabía decirse, pero ella era lista, sabía sus propios juegos de palabras, sus muletillas y las frases que podían rayar en lo común. No le gustaba. Se escuchaba y lo ignoraba.

Las luces del cuarto, intentos de tonalidades sepia más bien amarillas y estridentes, se posaban en las sábanas de la cama contigua, en las paredes, igual de amarillas. La luz de afuera parecía no querer entrar.

Por fin tenía un momento para dormir, para fingir dormir, cerrar los ojos y aparentar que no se levantaría de la cama esa mañana, podría fingir que los párpados le pesaban tanto que no iría en domingo al trabajo. Era algo cercano a lo inútil, lo cotidiana que se sentía. ¿De algo servía el atrapasuños a la cabeza de su cama? Nunca lo tocaba. Se supone que debía palparle uno de los rayos matutinos para amedrentar o hasta ahuyentar a las bestias nocturnas que pudieron haberse colado, que permitían todo, menos descansar.

Fingió tener un momento mientras el absurdo le atravesaba justo por el entrecejo y se deshilachaba en cada uno de los cabellos de su cabeza; sentía la calidez de su pecho y la vejiga vacía después de orinar, le hacía falta eso para volver a acurrucarse, pero le pesaba tanto pegar los pies al suelo y andar. El peso que las rodillas y muslos irían irguiendo, transitando por el sacro, las caderas grávidas, la columna desalineada, los hombros halados hacia el techo por la postura enjuta de una mala noche. Erguirse costaba.

Restarle obligatoriedad al día, pretendiendo volver a dormir, mal acomodada, con los pies colgando, la espalda atascada entre los hombros, las clavículas y la pelvis mal dirigida, donde apenas el cansancio le volviera a recibir, era un sueño que todos los días deseaba y que no se iba a cumplir.

Buscaba razones. Mentiras. Sí, buscaba mentiras que decirle a la joven de veintiuno para salir del departamento. Por fin encontró una, una promesa, la de descansar después del trabajo, como la motivación que buscas después de estar sediento y saber que beberás un vaso de agua; la de tener hambre, vaciarte, para luego merecer toda la harina, el aceite y aquello que más culpable

te hace sentir. Pero ella ya no quería dormir, no sabía qué cosa quería, una cosa. Decimos cosa cuando desconocemos el sentido de aquello que buscamos pronunciar, porque ni siquiera podía dormir, como para decir que buscaba echarse de nuevo. Había estado despertando continuamente antes de las ocho, rebasando la alarma, hasta había decidido darse un regalo: media hora. Sí, despertar a las ocho treinta, para dormir lo que nunca puede.

Se arrebató el regalo.

Se mintió entonces, como cuando le prometes el helado al niño que no deja de llorar. Primero sacrificate, sufre un rato, evade todo, ve con la gente al bullicio de afuera. Te prometo estar a solas, llegar a la cama y dormir, cuando termines. Como pudo se lo creyó, se irguió, con el peso del sacro, y se fue.

